

JORGE NOVELLA SUÁREZ

Universidad de Murcia

El exilio como forma de vida en María Zambrano

Resumen

Los exilios son una constante de nuestra historia. El exilio republicano de 1939 se convirtió para muchos en algo más que una errancia y el no poder volver a la patria. Ese desarraigó se convirtió para María Zambrano en una forma de vida, en un modo de vivir y afrontar su vida en el mundo. Fue vencida, pero jamás destruida. Hoy, María es emblema del exilio republicano.

Palabras claves

Exilio; existenciarios; errancia; memoria; ruinas; piedad; entereza; soledad; bienaventurados; entrañas; luz; razón poética.

Exile as a way of life in María Zambrano

Abstract

Exiles are a constant in our history. Exile after Spanish Civil War in 1939 became for many more than an errant life and not being able to return to the homeland. That uprooting became for María Zambrano a way of life, a way of living, and confronting her life in the world. She was defeated, but never destroyed. Today she is an emblem of the republican exile.

Keywords

Exile; existential ("existenciarios"); wandering ("errancia"); ruins; piety; integrity; blessed; entrails; light; poetic reason.

«A vosotros, los muertos, os dejaron sin tiempo; a nosotros, los supervivientes, nos dejaron sin lugar.»

María Zambrano, *Delirio y Destino*, p. 209.

«En toda Europa es de noche, el mundo actual se deshace al parecer; que nuestra nostalgia no es únicamente de españoles sino de europeos.» Es la agonía de Europa para María Zambrano. Pocos han visto venir el peligro que se cernía sobre el viejo continente, sus vivencias en la guerra civil y el exilio posterior hacen de la filósofa veleña una auténtica *Die Feuermelder*, una avisadora del fuego y de las catástrofes, en expresión de Walter Benjamin, como lo serán Roth, Zweig o Valery, entre otros. Su crítica al positivismo imperante y el desarrollo técnico en las industrias de la muerte son claves, en sus análisis coincide con pensadores, filósofos y literatos de su tiempo, como Hannah Arendt o Simone Weil, en ese viaje al fin de la noche, a ese trayecto que el nacionalismo de *Blut und Boden* llevó al aniquilamiento del hombre por el hombre, a la dialéctica *amicus/hostes*, a pisotear la dignidad humana y a convertir al hombre en un ser abyecto que crea infiernos de verdad como Auschwitz, Mauthausen o Buchenwald. El cinismo moral, el mal radical y su banalidad.

Los efectos de la guerra son el exilio, el ser vencido y todo lo que conlleva. María Zambrano va a interiorizar lo que es la derrota, el ser errante, y lo va a convertir en su seña de identidad, en su modo de ser y de encarar la vida y el mundo. Será una paseante de la memoria donde las ciudades en las que habite son constancia de su peregrinaje y metáfora de ese laberinto que es su vida. «La derrota fue una diáspora, no es el refugiado ni el desterrado», es la errancia, la desubicación, el vagar sin patria, conduce a hacer del exilio una forma de vida. Hay que subrayar que María no vive ese permanente destierro como si fuera una expiación o una redención, no. No tiene culpas de las cuales purificarse mediante algún tipo de sacrificio, ni arrepentimiento para reconciliarse con Dios; tampoco debe redimirse por algún tipo de pena. Es el exilio como experiencia vivida. El exilio como forma de vida en un espacio, en un territorio que nunca es el suyo, donde el sujeto construye una identidad conforme a su modo de estar arrojado en el mundo. Una vivencia fundamental pues es el punto de partida para el sentido y significado de la vida y obra de Zambrano.

¿Del exilio, de los exilios, qué podemos decir? La historia de España está plagada de exilios y destierros desde los RRCC y la expulsión de los judíos al exilio republicano de 1939. Entre estos dos acontecimientos tenemos a moriscos, jesuitas, liberales (en varias oleadas), etc. El exilio, los exilios son –lamentablemente – una constante de nuestra historia. Como podemos colegir, el exilio es el efecto indeleble y persistente a lo largo de nuestra historia, repleta de conflictos y guerras civiles. Todavía tendría que producirse el más doloroso de todos ellos, el exilio de 1939 como consecuencia de la guerra civil de 1936 al 39, 684.000 desplazados. Esa Numancia errabunda es la que vamos a analizar – no desde el plano histórico – sino también del ontológico, esto es, de la condición del exiliado y lo que conlleva vitalmente.

Hoy, ochenta y cuatro años después, del exilio más crucial y revelador de la gran crisis de Europa podemos observar sus efectos y su legado. Se han publicado múltiples estudios desde las dos orillas y tenemos una cartografía suficiente para abordar algunos aspectos cruciales del exilio español de 1939. ¿Podemos sacar alguna consecuencia positiva de estos exilios? Decididamente sí. Para los países de acogida, toda Iberoamérica, especialmente México, sufrieron el impacto positivo de esa masa crítica que llegó desde España, modernizando en todos los aspectos a dichos países. A la vez se producía un encuentro con una cultura común que va más allá de los tópicos de la madre patria. La última exiliada que vuelve es María Zambrano, el 20 de noviembre de 1984.

Del exilio

Delimitemos el concepto mismo de «exilio», el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española define «exilio» como Separación de una persona de la tierra que vive. | 1. Expatriación, generalmente por motivos políticos y «destierro» como «Acción y efecto de desterrar o desterrarse. | 2. Pena que consiste en expulsar a una persona de lugar o territorio determinado, para que temporal o perpetuamente resida fuera de él¹.

Las acepciones son casi idénticas, pero en la segunda instancia se pone de manifiesto la mayor carga emocional de la variación semántica «desterrar» que con su sentido literal de «quitar de la tierra» conjura una imagen de violencia y desgarro: «Margarita Xirgu nos recordaba con frecuencia en Chile que «los griegos inventaron el castigo más riguroso para el hombre: su destierro». Peor aún que la muerte, conveníamos, pues equivale a morir en vida todos los días. Al fin y al cabo, la muerte es una conclusión, en tanto que el destierro es una mala muerte que puede acompañarnos toda la vida.»²

Las diferencias léxicas en español se amplían al llegar a la denominación de las personas que sufren el exilio. Junto al evidente «exiliado», encontramos otros términos que son sinónimos: proscrito, confinado, extrañado, expulsado, aparecen los términos desterrado, emigrante, emigrado, transterrado, empatriado, peregrino, despatriado y trasplantado. Tal riqueza léxica testimonia la preocupación que la experiencia del destierro ha despertado entre la crítica literaria, histórica y filosófica. Hoy, en tiempos de post globalización, pensamiento único y uniformidad, para todas estas figuras se utiliza el término, migrante. Todavía se deshumaniza más.

Adolfo Sánchez Vázquez³ identifica el exilio como «la conciencia crítica, la voz flagelante que, en el interior, no se puede levantar»; a la vez que establece una serie de caracteres específicos del exilio español en México: Naturaleza esencialmente política, republicana y antifranquista; dimensión masiva, no elitista; su amplitud social al representar a todos los sectores y clases que defendieron la República; adscripción de sus miembros a los más diversos oficios, profesiones y ocupaciones; su procedencia multiterritorial que cubría todas las regiones de España; a diferencia de otros exilios de nuestra historia, su larga, larguísima duración. Además, el exilio se despliega en un triple plano: político, moral y cultural, especialmente en Méjico.

1. *Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, Madrid, 1992, p. 658.

2. Morales, J.R., «Margarita Xirgu en el destierro» en *Anthropos*, n.º 35, Barcelona, 1992, p. 33.

3. Sánchez Vázquez, A., «Miradas sobre –y desde– el exilio», en *Exilio*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2002, p. 247.

Político, porque al mantener en alto los principios y valores (de libertad, democracia e independencia) por los que nuestro pueblo había combatido heroicamente; al denunciar incansablemente ante el mundo las fechorías del franquismo y expresar su solidaridad y apoyo a los sufridos y perseguidos compatriotas del interior, el exilio contribuyó a recuperar esos principios y valores en la España democrática que surge de la transición.

Cultural, dada la elevada y vasta obra de sus poetas, novelistas, científicos, filósofos, historiadores, pintores, cineastas, arquitectos, universitarios, en general, así como por la fundación de revistas, editoriales e instituciones educativas, constituyó un capítulo fecundo de la historia de la cultura, no sólo en Méjico, sino también de la que –bajo el asfixiante régimen que la oprimía – no se podía escribir en España.⁴

Moral, porque el exilio no sólo fue coherente, en su comportamiento individual y colectivo, con la causa que se había defendido en la Guerra Civil, sino que se mantuvo digno y responsable en su vida diaria, lejos de su patria, consciente de que, a los ojos mejicanos, representaban una España distinta de la que los había conquistado y colonizado.

El exilio como ese espacio que está siempre fuera de plano, lejano, desubicado de las raíces de la identidad personal, como ejemplo de lo que Marc Augé llamará «no lugares»⁵ en su análisis de los espacios anónimos en la modernidad. Es claro que lo que se pretende es la desarticulación estructural del sujeto por parte de un poder político. Pero no se experimenta como si fuera un duelo permanente, más bien permanece en el interior del sujeto, a modo de una «intimidad amurallada» que le transmite la desolación y convierte al exiliado en alguien que se siente como un «discapacitado social». Humillado, vencido, sin capacidad para resistir, se cierra en banda, prisionero de su propia condición. Abandonado a su suerte, su discurso recuerda el que expone Plutarco, como una permanente consolatio, o el de Ovidio, en la Elegía XII de Tristia, situado en «El tiempo interior de la espera y de la esperanza del retorno.»⁶ Pero siente la necesidad de recomenzar, de vivir y contar aquello que se ha interiorizado porque fue cercenado a la fuerza, pues no puede ser dicho y expresado. Es el decir y ser del exiliado, la reivindicación permanente del proyecto político y cultural de la II República: Que no cayera en el olvido. María Zambrano como narradora, testigo y víctima.

Podemos resaltar el exilio insistiendo en dos de sus usos: como pérdida y como resistencia. Así lo hace el filósofo Carlos Pereda⁷ con el propósito de hacer justicia de lo perdido, de ese desfallecimiento en que se encuentra aquél que irremisiblemente experimenta la melancolía y el sufrimiento del exilio como «régimen de vida permanente». Y añade, «todo lo que importa está hecho ruinas», recordemos el significado de este símbolo, para María Zambrano en *El hombre y lo divino*: «Las ruinas son lo más viviente de la historia, pues sólo vive históricamente lo que ha sobrevivido a su destrucción, lo que ha quedado en ruinas. Y así, las ruinas nos darían el punto de identidad –entre la personal historia– y la historia. Persona es lo que ha sobrevivido a la destrucción de todo en su vida»⁸. Hay otro uso para el maestro Carlos Pereda, lo que denomina «el exilio como umbral» pues la experiencia del exilio es «una entrada a otras posibilidades», donde se convierten

4. *Ibidem*, p. 250.

5. Augé, M., *Los no lugares. Espacios del anonimato*, Barcelona, Gedisa, 2004.

6. Guillén, C., *El sol de los desterrados: literatura y exilio*, Barcelona, Sirmio, Quaderns Crema, 1995, p. 31.

7. Pereda, C., *El exilio como aprendizaje*. México, Siglo XXI, 2008, pp. 47-74.

8. Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, en intr. de M.ª Fernanda Santiago Bolaños, Madrid, FCE, 2007, p. 233.

«esas rupturas, las situaciones del tipo de <estar en el umbral>, en una forma institucionalizada, permanente de vida.»⁹ Es decir, se abren nuevos modos de vida y acción para el exiliado que no ha sido destruido.

Experiencia del desarraigo y existenciarios del exiliado

Juan Fernando Ortega y José Luis Abellán han abordado el exilio como categoría, puesto que las categorías se predicen de los objetos, vamos a tomar de Heidegger su concepto de existencial/existenciario. Esto es, el exilio como un modo de ser y vivir. En *Ser y Tiempo*, § 11-12, Martin Heidegger, trata en su Analítica existencialia los existenciarios de la condición humana. Heidegger¹⁰ llama existenciarios a categorías vitales que conforman proyectos de vida; son los distintos modos de ser en que el Dasein (existencia humana) se muestra: el «ser-en-el-mundo», «estar afuera, arrojado», «proyecto», «presencia», «encontrarse», el «comprender», «libertad», «cuidado», etc.

La existencia humana adquiere sentido y comprensión en el horizonte de la temporalidad, de ahí que el hombre sea su historicidad (Geschichlichkeit), se gesta realizando sus posibilidades como despliegue del ser en el mundo. Los existenciarios, aplicados a nuestro análisis de la condición del exiliado¹¹, los entendemos como los caracteres constitutivos que conforman el exilio de María Zambrano convertido en una forma de vida. Su identidad, sus modos de ser, sus categorías existenciales, su forma de vivir en ese permanente extrañamiento del expatriado. Los existenciarios tienen significado aplicándolos al exilio y, especialmente, a Zambrano (aunque son comunes a otros autores desde Benjamin, Rosenzweig, Arendt, Weil, Amery, Stein, etc.). Destaco aquellas que refuerzan ese modo de vivir el ostracismo como lo experimentó la filósofa veleña.

ABANDONO e INDIFERENCIA. Alguien que «ha perdido su circunstancia», en dos momentos: Desgarramiento, en un primer momento, y el aislamiento, al sentirse desahuciado, inerme, huérfano y sólo. Claudio Guillén lo ha descrito como el vivir a «destiempo», el exiliado al perder la ciudad, el país, pierde también «la carencia de substancia significativa»¹², pues como narra Jenofonte en las Memorabilia: «Yo no me reduzco a ningún Estado en particular. Soy extranjero en todas partes» (II, 11-15).

Una mujer que vive en un permanente desgarro, escindida y desdichada. Una paria, una apátrida, que va a aprender a vivir con ese destino, de ahí que devendrá en «un bienaventurado» en palabras de Zambrano (una persona que vive feliz con lo que es y con lo que hay).

DESAMPARO y SOLEDAD, «es el signo y la prueba de la madurez de una vida»; es lo que se desprende de la Carta sobre el exilio es de 1961. Estamos, somos olvidados, nadie nos recuerda, nadie nos trae al corazón; extraños ante los nuestros, somos silencio sin historia.

ERRANCIA/NOMADISMO. Cuba, Puerto Rico, México, Francia, Italia... como H. Arendt y, especialmente, Simone Weil y su espléndido *Echar raíces*¹³.

9. Pereda, C., *op. cit.*, p. 77.

10. Heidegger, M., *El Ser y el Tiempo*, México, FCE, 1974, pp. 63-72.

11. Véase Zambrano, M., *Los bienaventurados*, Madrid, Alianza, 2019; Ortega, J. F., «El exilio como vía de conocimiento del hombre: estudio ontológico de María Zambrano, *El Ateneo. Revista científica, literaria y artística*, n.º 11, Madrid, 2002, pp. 147-158; Abellán, J. L., *El exilio como constante y categoría*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

12. Guillén, C., *El sol de los desterrados: literatura y exilio*, Barcelona, Sirmio, Quaderns Crema, 1995, p. 34.

13. Weil, S., *Echar raíces*, Barcelona, Trotta, 1996.

PÉRDIDA DE SEGURIDAD JURÍDICA. Vencidos, apátridas, extranjeros sin papeles. Cosmopolitismo al estilo de Stefan Zweig, Thomas Mann, Joseph Roth o Paul Valery.

DESCONOCIMIENTO DEL PROPIO SER, se contempla «como un desconocido» (como alguien anónimo, escondido, sin identidad). Desposeído de sus circunstancias, de todo aquello que le hace ser quien es. Es el acabamiento del yo. Quizás ese desenlace es el que conduce a María Zambrano en su viaje a las entrañas, a lo más recóndito del alma humana. Ahí nadie puede penetrar.

UN SER DEVORADO POR LA HISTORIA. Es la mujer, en este caso, exánime, aniquilada, desfallecida, patitiosa, perdida, vencida sin remisión, muerta en vida, sin vigor ni palpitar para arrostrar todo lo que tiene ante sí. Ruina de aquella que fue. Sin acmé ni floruit, ahora es exsul umbra, una sombra prohibida.

Todos esos existenciarios son descriptores del modo en que vivió María. En esa situación Zambrano se yergue, y sus exiliados, «esos españoles sin España», ha sido vencida pero no la han podido destruir. De ahí, que María Zambrano nos muestra cómo lleva su patria en ella misma. Todos los existenciarios, toda la analítica de la existencia humana está en eso que denomina «revelación», desvelamiento, aletheia, descubrimiento, manifestación de su existencia (como Dasein que no Existenz). En su «despellejamiento» y «crucifixión» que son las entrañas mismas del ser humano. La conclusión puede parecer paradójica, pero ya la hemos anunciado, únicamente en el exilio, en su padecimiento sabremos el verdadero ser de la patria y de nosotros mismos.

En agosto de 1989, desde la tercera del diario ABC, escribe un artículo de título contundente: «Amo mi exilio». En esa frase se condensa lo expuesto en su Carta –escrita veintiocho años atrás– así como una reivindicación de esa razón anamnética que nos puede servir para ilustrar ese proceso de exigencia y recuperación de la identidad propia a través de la memoria y del recuerdo que se hace presente. Deja de ser algo pasado para ser vivencia de la historia.

Hay ciertos viajes de los que sólo a la vuelta se comienza a saber. Para mí, desde esa mirada del regreso, el exilio que me ha tocado vivir es esencial.

Yo no concibo mi vida sin el exilio que he vivido. El exilio ha sido como mi patria, o como una dimensión de una patria desconocida, pero que una vez se conoce, es irrenunciable.¹⁴

Evidenciamos, como constata con esa mirada a su regreso a España un 20 de noviembre de 1984, fecha emblemática en las efemérides franquistas y en nuestra cronología histórica, su vivencia del exilio como dimensión esencial de la vida humana. En *Las palabras del regreso*¹⁵ asistimos a la simbiosis entre biografía y pensamiento, es un viaje al fondo «de la noche oscura del alma». Trayecto y peregrinación en la que dejará atrás los sueños y falsas promesas de felicidad de la razón ilustrada. Lo hace desde esa mirada del regreso, desde esa perspectiva auroral como ha subrayado Sánchez Cuervo.¹⁶

14. Zambrano, M., Introducción a *La otra cara del exilio: la diáspora del 39*, Curso de verano El Escorial, 1989, Madrid, Universidad Complutense, 1990, pp. 7-8.

15. Zambrano, M., *Las palabras del regreso*, en Mercedes Gómez Blesa (ed.), Salamanca, Amarú, 1995, p. 13.

16. Sánchez Cuervo, A., «Los imperativos del exilio (A propósito del centenario de María Zambrano)», Madrid, *Isegoria, Revista de Filosofía Moral y Política*, n.º 31, 2004, pp. 247-254.

«Tiende por ello Zambrano a un constante ir y venir entre la filosofía, la poesía y la religión, a lo largo de la cual se va despejando una razón abiertamente heterodoxa, siempre en el límite entre la <otra ilustración> y el llamado, en su día, por Hans Jonas <síndrome gnóstico>.»¹⁷

Su tarea es encarar el presente, eso sí, lo afronta de un modo peculiar. Desde el silencio, inasible por el «indecible olvido», utiliza María Zambrano la figura del Niño de Vallecas que está «donde siempre han estado los dejados», esperando «que alguien los recoja». Como la Numancia celtíbera arrasada por Escipión el Africano, esta otra Numancia errante resiste, escombros y despojos de ella misma, pues ya no pueden causarles más dolor e infligirle más pérdida. Las sombras prohibidas, pero no destruidas, están ahí, perduran en la memoria de los vencidos, pues la voz dormida de la memoria nadie la puede vencer.

La tensión entre memoria e historia, poesía y verdad, eso que María Zambrano ha contado una y otra vez, el reconocerse en el cordero que llevaba el hombre que le precedía al cruzar a pie la frontera, dejando atrás España. Ella se identificó con ese cordero del sacrificio por ser «de la generación del toro»¹⁸, o con el hombre de la camisa blanca del cuadro de Goya, los fusilamientos del tres de mayo, o los bufones de Velázquez, el niño de Vallecas y el bobo de Coria, o la Benina (Nina) de Misericordia de Galdós o Fortunata o Diótima y Antígona. Son algo más que sus heterónimos, juntos son María y la España peregrina.

El exilio como resistencia y entereza

Y así va a vivir María Zambrano con el exilio siempre a cuestas, su vida será una larga sucesión de exilios, de ahí que nos interese el modo de arrostrarlos, hasta tal punto que forman parte de su vida. Si los identificamos comprenderemos mejor su proceder, su actuar, con el exilio entendido – y vivido – como desarraigo permanente. Ese es su pensamiento de la Aurora, un recomenzar permanente partiendo de esa razón vital, narrativa, histórica para ahondar en las zonas abismales del alma, eso es la razón poética, donde el amor es la ayuda en la reflexión y en el camino a seguir. Así podemos entender mejor a la filósofa veleña, el exilio es una perspectiva clave de su mirada al mundo y la realidad.

«Escribir es defender la soledad en que se está», es la lengua el único elemento identitario que tiene el exiliado. Además, están esas otras formas y situaciones que le llevan a diferentes umbrales. La vida se convierte en una sucesiva lucha para resistir, a base de coraje, y que tiene que romper con esa propia dinámica. No resignarse, saber encontrar en esa situación las fuerzas para poder convivir con tanto sufrimiento. María Zambrano lo hace y convierte todos los sacrificios, desprecios, pesadumbres... en algo positivo. Ese amor es el que le conduce a convertir todos esos acontecimientos de su vida cotidiana en un modo de dar sentido a su vida, entereza, resiliencia (como ese replegarse) como modo de afrontar las adversidades y convertirlas en algo positivo. El DRAE la define como la capacidad que tiene un ser vivo frente a un agente perturbador o un estado de situación adversos. Es el homo patiens que Viktor Frankl¹⁹ describió en *El hombre en busca de sentido*.

17. Sánchez Cuervo, A., *Ibidem*, p. 250.

18. Recordemos los versos de Miguel Hernández: «Como el toro he nacido/para el luto y el dolor/. Como el toro me crezco/ en el castigo.».

19. Frankl, V., *El hombre en busca de sentido*. Barcelona, Herder, 2015.

El exilio como resistencia es el simbolizado por las ruinas de María, es una concepción reactiva a la anterior, donde el coraje para afrontar esa situación es clave para mantener la identidad del exiliado. Resistir es «aguantar sin sucumbir», no cansarse y abandonarse; al contrario, reivindica su circunstancia y no se contenta con el hecho de ser tolerado o acogido. Se siente expulsado y por ello resiste en silencio. Ella se pregunta: «¿A dónde iré que no tiembla? Pero, el exiliado, en este caso nuestra María, no puede negarse a sí mismo, ni desaparecer, pues es una superviviente:

Al exiliado le dejaron sin nada, al borde de la historia, sólo en la vida y sin lugar: sin lugar propio. Y a ellos con lugar, pero en una historia sin antecedentes. Por tanto, sin lugar también: sin lugar histórico. Pues ¿cómo situarse, desde dónde comenzar, en un olvido e ignorancia sin límites? Se quedaron sin horizonte... al quedarse sin horizonte, el hombre, animal histórico pierde también el lugar en lo que a la historia se refiere.²⁰

El exilio es necesario patentizarlo para poder conocer el presente. De ahí que nuestra protagonista se dirija a las jóvenes generaciones que se asoman a la realidad española sin tener todos los elementos para analizarla. María utiliza la variedad de la carta, la epístola es un género que nos sitúa ante la vida y tiene la misión de despertar al destinatario: «que desde hace tiempo yace en un silencio como el que se padece en sueños: entonces al despertar se recobra la palabra y con ella la libertad». Su tarea es encarar el presente, eso sí, lo afronta de un modo peculiar: Desde el silencio, inasible por el «indecible olvido».

Además, la misiva puede cumplir otras funciones, en este caso «dar cuentas» de quien se ha visto juzgado e inferme y ha sufrido los juicios despiadados de la historia. Historia de los vencedores, Andenken, donde se recuerda un pasado que está presente porque es el pasado de los vencedores y Eingedenken, el acto de rememorar que tiene presente el pasado ausente porque es el pasado de los vencidos; así lo diferencia Walter Benjamin. Ese pasado ausente que la razón anamnética debe y tiene que traer al presente, en tanto que existe un lazo indisoluble entre razón y memoria. Rescatar la figura del exiliado para incardinarlo en la España contemporánea. Una racionalidad alimentada de memoria es la razón anamnética como instrumento para recuperar memoria de los vencidos, las víctimas del Holocausto y, por supuesto, los exiliados españoles.

Este es el punto de partida de la normalización de la figura del exiliado, especialmente, ante las nuevas generaciones de españolitos que en los inicios de los sesenta quieren hacerse una idea de España no con los corsés y censuras que el franquismo imponía. Es cierto que el exiliado encuentra máscaras en su camino, le interpelan permanentemente por lo que fue, siempre lo encuentran y él les contesta «despojándose de su sinrazón» (léase voluntad, proyecto). Recordemos que «no ha querido ser nadie, ni siquiera héroe», así su ser es su memoria, su recuerdo, su testimonio, el ser testigo y protagonista de una historia negada por los vencedores. Incluso, pasado el tiempo, sigue desgranando estos episodios, teniendo en cuenta que:

20. Zambrano, M., *Carta sobre el exilio*, París, Cuadernos del Congreso por la libertad de la cultura, n.º 49, 1961, pp. 65-70.

Toda la historia, sobre todo la historia de España... ya que de ella le han ido pidiendo cuentas por todos los caminos del mundo. Esto por ser español.²¹

La historia convulsa de España ha conllevado que la larga serie de destierros, expulsiones y exilios sea una constante y característica propia, de tal modo que estos españoles obligados a vivir fuera de su patria se hayan convertido en auténticos representantes de esa constante de nuestra historia. Son conciencia y ejemplo de la historia:

Tal nos parece, por instantes, que hayamos sido lanzados de España para que seamos su conciencia: para que derramados por el mundo hayamos de ir respondiendo de ella, por ella. Y fuera de su realidad seamos simplemente españoles. Españoles sin España. Ánimas del Purgatorio.²²

Confiesa que le ha costado, al volver a España, renunciar a esos cuarenta y cinco años de exilio, el pueblo español y sus gentes le demuestran su cariño y afecto, pero ella se siente como

quien ha sido despellejado, como San Bartolomé, una sensación ininteligible, pero que es. Creo que el exilio es una dimensión esencial de la vida humana, pero al decirlo me quemo los labios, porque yo querría que no volviese a haber exiliados. Sino que todos fueran seres humanos y a la par cósmicos, que no se conociera el exilio.

Es una contradicción, que le voy a hacer: amo mi exilio, será porque no lo busque, porque no fui persiguiéndolo. No, lo acepté; y cuando se acepta algo de corazón porque sí, cuesta mucho trabajo renunciar a ello.

Yo he renunciado a mi exilio y estoy feliz, y estoy contenta, pero eso no me hace olvidarlo, sería como anegar una parte de nuestra historia y de mi vida.²³

Para entender el calado de este texto emblemático, para concebir el exilio como categoría específica de nuestro pensamiento, hay que añadir el complemento que María remarcaba: la falta de rencor como muestra de su razón poética, en tanto que razón cordial enraizada en el ordo amoris. Y además es la aceptación de la soledad²⁴, condición que no extiende para nadie, ni quiere que la comparten los españoles del éxodo y del llanto. No. Ella no «puede desear que nadie sea crucificado». Para Zambrano, el hombre tiene que encontrar desde la soledad y el abandono en que se encuentra su «camino de vida» – lo ha de hacer en su tiempo y en una sociedad que permita el desarrollo del ser humano hasta ser persona – y su correlato que es la democracia²⁵. De ahí, que en *La tumba de Antígona* identifique a la patria con «el mar que recoge el río de la muchedumbre»; cuando uno sale de esa mar uno «se recoge a sí mismo y carga con el propio peso», pero no se remolca el pasado pues

21. Zambrano, M., *Carta sobre el exilio*, p. 69.

22. *Idem*.

23. Zambrano, M., «Amo mi exilio», en introducción a *La otra cara del exilio: la diáspora del 39*, p. 8.

24. *Escribir es defender la soledad en que se está*.

25. Véanse Zambrano, M., *Persona y democracia. La historia sacrificial*, Madrid, Siruela, pp. 121-208 y *Horizonte del liberalismo*, intr. de Jorge Novella, Madrid, Alianza, pp. 107-115.

Hay que subir siempre. Eso es el destierro, una cuesta, aunque sea en el desierto... Pero hay que tener el corazón en lo alto, hay que izarlo para que no se hunda, para que no se nos vaya. Y para no ir uno, uno mismo haciéndose pedazos. No hay que arrastrar el pasado, ni tampoco olvidarlo. Nos falta a los españoles, por muchas apelaciones que los retóricos hagan al pasado y por mucho afincamiento tradicionalista de los que así se llaman, la imagen clara de nuestro ayer, aun el más inmediato.²⁶

Y hemos descendido solos a los infiernos, para encontrar su ser, y entonces María subraya que también

Somos memoria. Memoria que rescata.

Ser memoria es ser pasado: más de muy diferente manera que ser un pasado que se desvanezca sin más, condenado a desvanecerse simplemente. Es lo contrario... Mientras que, si somos pasado, en verdad es por ser memoria. Memoria de lo pasado en España. Pero la memoria suscita pavor. Se teme de la memoria el que se presente para que se reproduzca lo pasado, es decir, algo de lo pasado que no ha de volver a suceder. Y para que no suceda, se piensa que hay que olvidarlo. Hay que condenar lo pasado para que no vuelva a pasar. La verdad es todo lo contrario.²⁷

El pasado nunca es inoportuno porque es historia, la nuestra, no conocerlo y asumirlo nos conducirá a caer en los mismos errores y, sobre todo, a no ser auténticos, a no ser nosotros mismos. Pues también somos pasado. Contra el olvido somos memoria que rescata, que salva, libera, redime y recupera actualizando y validando la trayectoria de una mujer, hombres, memoria viva de una España que no puede quedar al margen del camino. «Lo pasado condenado se convierte en fantasma», subraya Zambrano. Algo que está ahí pero desvanecido, si lo llevamos a nuestra conciencia queda incorporado a nosotros y a la memoria colectiva de los jóvenes de España. Y la memoria es conciencia («también es paciencia»).

Ese vacío, ese desierto en que se queda aquel a quien se dejó sin nada – incluso sin la muerte –, al que se le dejó solo con la vida; sin realidad, pero con horizonte y tiempo, al contrario que en los sueños. Se despierta entonces. Y despertar no es otra cosa que recobrar la conciencia y con ella la libertad; la libertad y el tiempo.²⁸

Conciencia, libertad, tiempo. Existencia en el horizonte de la historia donde rompe ese encantamiento de la historia de España producido por los efectos de la guerra civil. María encarna al exiliado, interpelada donde vaya por las causas de su condición, traspasa los círculos viciosos de la guerra y se inserta en su tierra, en España y con su testimonio rescatado, después de reivindicarlo tantos años frente a muros de silencio y desprecio. Sólo de este modo, con la asunción-mostración de la memoria que ha luchado contra el silencio y el olvido, María puede vivir su ser española. El exilio deviene en la auténtica patria.

26. Zambrano, M., «Amo mi exilio» en introducción a *La otra cara del exilio: la diáspora del 39*, p. 7.

27. Zambrano, M., *Carta sobre el exilio*, p. 70.

28. *Idem*.

Désele voz y palabra. No pide otra cosa, sino que le dejen dar, dar lo que nunca perdió y lo que ha ido ganando: la libertad que se llevó consigo y la verdad que ha ido ganando en esta especie de vida póstuma que se le ha dejado.²⁹

Está reflejado en el verso final de León Felipe: «Toda la sangre de España por una gota de luz», es esa luz la que debe permitir que «la humana historia se haga visible y circule, se reparta, sólo entonces no será necesario que vuelva a correr la sangre.» Gota de luz como metáfora y símbolo de la libertad, la voz y la palabra de María Zambrano rescatada, vivencia y ejemplo para nuestra historia y horizonte como pueblo. Ese es el modo de mirar el mundo (aquello que le enseñó su padre) de una mujer que quiere que esa razón poética no sea sentimiento, es algo más, de ahí

La necesidad de absorber a la poesía en el pensar. La reforma de la razón es ésta y no la histórica en principio. Hay que señalar la reforma y sus pasos. Pero esto ha de ser un libro aparte.³⁰

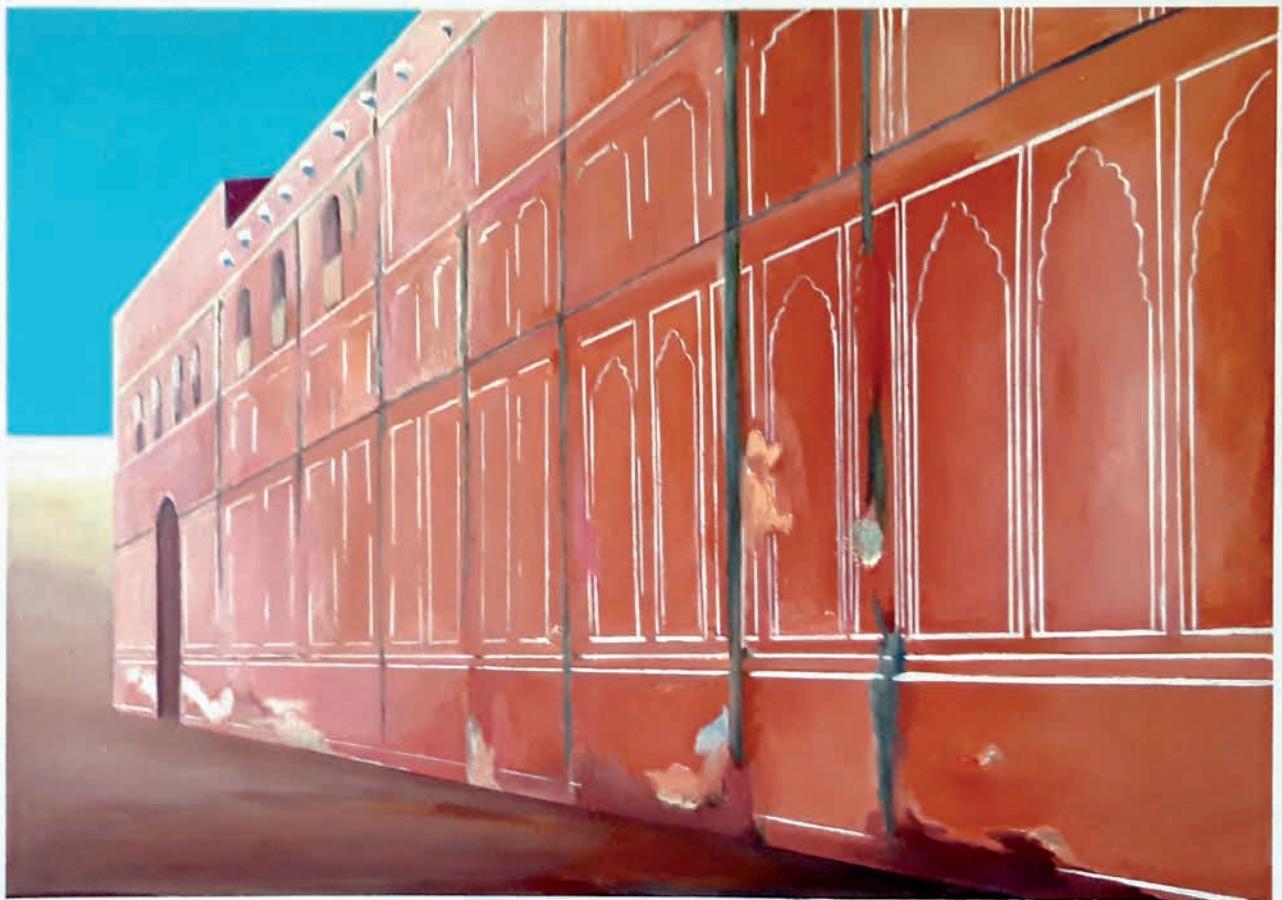
Y por supuesto que otro artículo. Es viviendo en crisis como se muestran las entrañas al poner al descubierto nuestra vida, el odio, la insolencia y petulancia deben dejar paso a nuevas categorías para explicar esas nuevas formas íntimas de la vida (compasión, piedad, corazón, sangre, entrañas, luz, etc.) que María desarrollará en *Claros del Bosque* y en *Hacia un saber sobre el alma* como fruto de esa vocación personal, de ese destino individual que le lleva a hacer esa tarea si quiere ser ella misma. Pues es de ella, de su piel y su persona de quien habla, esperando, como Nietzsche, una nueva aurora: «la hora de la luz en que se congregan pasado y porvenir».

Toda una vida como agonía, como su admirado Unamuno, del griego ἀγών (agón) que significa lucha; es la angustia y desasosiego que sufre una persona cuando está al borde de la muerte. Agonía es luchar por su vida. Zambrano viaja de la filantropía griega a la *humanitas* latina para instalarse en ese humanismo cristiano de tradición heterodoxa (Luis Vives, el erasmismo o su admirado Xirau, y siempre la ILE) y de otros como Pascal que desplegaron la *logique du cœur*. En definitiva, una tradición humanista y crítica con la tradición, máxime si le incorporamos la lectura que hace nuestra protagonista de místicos españoles como San Juan de la Cruz, Teresa de Ávila, Miguel de Molinos o el sufismo de Ibn Arabí.

Esa es la generación del alba, esa generación interrumpida, como escribe María, que resistió y no sucumbió. Todos no eran filósofos, poetas, juristas, científicos o médicos. Hubo muchos españolitos de a pie que sufrieron mucho más que esta masa crítica, fueron demasiados los que se quedaron en el camino o tuvieron una vida muy diferente a la que pudieron esperar. Por ellos y con ellos, a su memoria y por la nuestra, que no puede olvidar a los que custodiaron la dignidad de muchos españoles, está dirigido este texto. Y a nuestra María Zambrano, emblema de filósofa y mujer resistente donde las haya.

29. Zambrano, M., *Carta sobre el exilio*, p. 70.

30. Zambrano, M., «El método poético filosófico» (7 abril 1956), en Morey, M., *Monólogos de la bella durmiente. Sobre María Zambrano*, Madrid, Alianza, 2021, p. 281.



Muro Indú 81 x 100 cm 1980